

Yo no tengo sexo: relato y sexualidad en el mundo posmoderno

Dr. Esteban Dipaola

Resumen

El presente trabajo se propone elucidar la fórmula *Yo no tengo sexo* sobre la base de una modalidad de interpretación del discurso, propia de nuestro tiempo presente. Para ello se recurrirá a las elaboraciones hechas por Foucault acerca de la articulación entre el dispositivo, el discurso y la verdad.

Palabras clave: Foucault, Lacan, relato, sexualidad.

Abstract

I have no sex: narrative and sexuality in the postmodern world

This paper intends to clarify the formula *I have no sex* on the basis of a modality of interpretation of speech that is typical of our present time. For this purpose Foucault's reflections on the relationship between the arrangements, discourse and truth will be used.

Keywords: Foucault, Lacan, account, sexuality.

Resumo

Eu não tenho sexo

O presente trabalho propõe elucidar a fórmula *Eu não tenho sexo* sobre a base de uma modalidade de interpretação do discurso, própria do nosso tempo presente. Para isso, recorrer-se-á às elaborações feitas por Foucault sobre a articulação entre o dispositivo, o discurso e a verdade.

Palavras-chave: Foucault, Lacan, relato, sexualidade.

Introducción

Un principio de lectura que siempre me resultó interesante y adecuado cuando me acerco a algún texto de Michel Foucault: la relación interna que se establece singularmente entre la noción de “discurso” y la de “dispositivo”. Es marcadamente esencial, debido a que sin esa relación no es posible aproximar el pensamiento a esa

idea remontada en el tiempo que indica que *todo es interpretación*. Idea que proviene de Marx, Nietzsche y Freud, quienes según Foucault cambian radicalmente la lógica del signo; más precisamente, modifican el régimen de enunciación, el dispositivo de discursividad del signo y dan cuenta, así, de una nueva hermenéutica. Pero sabemos, además, que es una idea –aquella de “todo es interpretación”– que atraviesa el pensamiento del siglo XX de manera concreta. Desde Bataille a Heidegger, desde Bachelard a Lacan o desde Blanchot a Derrida hemos asistido a la enunciación permanente de esa lógica que nos remite al cuestionamiento de toda función de verdad.

¿Quiere decir esto, entonces, que no hay verdad? Sí. Pero también algo más profundo, puesto que quiere decir que no hay verdad si no se establece su articulación con el poder. En simples palabras, toda verdad es del orden del discurso, es decir, la verdad es un momento del dispositivo. Es más, es el momento en que el dispositivo se enuncia: sin verdad no hay dispositivo, pero no hay verdad sin relación. Eso es discurso.

Cuando pienso en ese ensamble¹ dispositivo–discurso y me remito a ese enunciado que nos dice “no hay verdad”, inmediatamente me encuentro con otra fórmula que también remite al discurso, en este caso, fórmula propia de Jacques Lacan: “no hay relación sexual”.

Entonces, expongo mi propia fórmula, lo que equivale a decir que organizo la modalidad de interpretación del discurso, de este discurso particular que no puede, sin embargo, dejar de ensamblarse con las singularidades de todas las apropiaciones discursivas que nos encuentran en nuestro tiempo presente, y mi fórmula dice: *Yo no tengo sexo*.

Yo no tengo sexo: racionalidad y discurso en la posmodernidad

Enuncio mi propia fórmula y el discurso necesariamente se organiza mediante sus fragmentaciones: se encuentra la dimensión de la primera persona, el enunciado que refiere al Yo, se tiene, también, el lugar de la negación y la figura que hace expresión en el discurso: *sexo*. Me pregunto si acaso el sexo necesariamente condiciona su aparición a su negación, si acaso no resulta únicamente posible decir el sexo negándolo. Simultáneamente, se vuelve necesario pensar la figura del yo que antecede a la negación. La enunciación del yo –lo sabemos porque es el dispositivo discursivo de la ciencia moderna– es la que posibilita que se organice una verdad en torno al lugar de la proposición; ahora bien, en la proposición *no tengo sexo* lo que se enuncia es, justamente, que no hay verdad, porque el sexo aparece –por la negación que le antecede– como síntoma sin aparición. El sexo se somete a lo real y solamente puede ser negado como no–verdad. Así, retorna la idea que nos dice que todo es interpretación: el sexo como síntoma sin aparición dice que no hay signo, sexo a descifrar sino que siempre estamos en el infinito juego de las significaciones. El sexo no puede aparecer en el discurso más que negándose; *o peor*: no hay relación sexual y eso es la verdad.

¹ Ensamble es una palabra que han utilizado autores como Marx, Nietzsche y, por supuesto, varios pensadores franceses del siglo XX para dar cuenta de las relaciones que se gestan en cualquier conjunto.

En otras palabras: eso que en Occidente hemos estado, a lo largo de todos estos años, llamando sexo es, en realidad, una férrea tarea hermenéutica.

Es preciso detenerse en esta cuestión, principalmente porque si continuamos el rumbo que elegimos en la argumentación pareciera, en principio, inevitable contradecir o decir contra Foucault. Pues el autor de *Las palabras y las cosas*, nos dice rápidamente que desde el siglo XVIII asistimos a “una verdadera explosión discursiva en torno y a propósito del sexo” (Foucault, 2005: 25).

Michel Foucault refiere a la organización de todo un dispositivo de sexualidad, que, como venimos explicando, implica la organización de toda una discursividad relativa al sexo. El sexo es vuelto público y organizado lógicamente, esto es, puesto en un orden de racionalidad. La organización lógica que referimos es evidente en su formalización en las páginas de *La voluntad del saber*:

Discurso sexo-verdad-saber

El discurso es síntoma, lo que equivale a decir que no hay nada para descifrar más allá del discurso, pero, a su vez, es síntoma que organiza el modelo de racionalidad en torno a la disposición público-enunciativa del sexo. La afirmación de Foucault es que hay una Voluntad de Verdad que da cuenta de una organización social-racional del sexo.

Esto es similar a nuestro planteo aquí propuesto. La fórmula anteriormente enunciada: *Yo no tengo sexo* expresa precisamente esa Voluntad de Verdad que sostiene en su problemática Foucault. Pues este pensador al proponer una organización social en torno al discurso sobre el sexo, no está diciendo que el sexo es lo que nos pertenece como participantes de esa comunidad o de esa sociedad, sino que es aquello que no nos pertenece, que nos subjetiva por no pertenecernos. El sexo, en fin, no es aquello que nos es propio sino que es lo *im-propio*. La racionalidad social se organiza girando sobre esa impropiedad.

Yo no tengo sexo; no hay relación sexual y no hay verdad son fórmulas que organizan el dispositivo de racionalidad occidental a partir de la negación de un común. Al evidenciarse esa negación de lo común, o mejor, esa diferenciación con lo que se muestra como común, se elimina el principio de Representación: la comunidad se organiza en la imposibilidad de su Representación y su lógica es la de interpretarse sobre sí continuamente.

De esta manera, eso que Michel Foucault entiende como el “artefacto discursivo del sexo” y que es claramente opuesto a la “hipótesis represiva”, pone sobre el régimen de enunciación la condición de una impropiedad fundante: el yo, el sujeto solamente puede enunciarse negando la posesión de su sexo, lo que no es otra cosa que negar la posesión del discurso.

Yo no tengo sexo me parece, entonces, la fórmula que nos muestra con mayor precisión la organización racional de las sociedades en el presente mundo posmoderno.

Hermenéutica de la sexualidad en el capitalismo posmoderno

¿Qué discurso sobre el sexo se materializa en lo que podemos llamar sin avergonzarnos capitalismo posmoderno? ¿Qué regímenes de verdad retornan en enunciados como *Yo no tengo sexo* en los relatos de la posmodernidad?

Más aún: es necesario pensar qué modalidad de organización lógico– racional inscribe el dispositivo de la sexualidad en lo que hoy conocemos como “sociedades de consumo”.

El interés es encontrar el síntoma del análisis foucaultiano, arriesgar un aparato de lectura, lo que decimos una hermenéutica que desde esta perspectiva nos permita vislumbrar algunas hipótesis sobre el régimen discursivo de la sexualidad en los tiempos presentes.

Cuando Michel Foucault establece la axiomática de su esquema analítico lo que hace es dar cuenta del dispositivo. En *Historia de la sexualidad*, con claridad el pensador se dispone a evidenciar la composición de ese dispositivo de la sexualidad, que es ciertamente un dispositivo de poder.

Foucault sostiene que a partir de la organización lógica del dispositivo se compone, es decir, se pone en la superficie al sexo como discurso, lo que equivale a decir que aparece allí una fórmula en unidad: *sexo– discurso*. Ahora bien, esta composición se contiene y teje entre relaciones: hay una primera relación que organiza el proceder y que permite la apertura de ese régimen enunciativo, me refiero a la relación PODER–PLACER. Es partiendo de esa relación que el sexo es finalmente enunciado únicamente en su vinculación con la figura o la forma del deseo. Según propias palabras de Foucault:

se trata de determinar, en su funcionamiento y razones de ser, el régimen de poder– saber– placer que sostiene en nosotros al discurso sobre la sexualidad humana [...]. El punto esencial es tomar en consideración el hecho de que se habla de él, quiénes lo hacen, los lugares y puntos de vista desde donde se habla, las instituciones que a tal cosa incitan y que almacenan y difunden lo que se dice, en una palabra, el “hecho discursivo” global, la “puesta en discurso” del sexo (Foucault, 2005: 18–19).

Ese punto esencial de la “puesta en discurso” del sexo al que refiere Foucault es el que debe analizarse, indagarse para pensar esa aparición del sexo enunciado solamente bajo la forma del deseo, tal como yo sostenía antes. Pues es el propio autor en cuestión el que observa que allí mismo se inaugura el sexo–discurso como deseo. Con mayor precisión, es en la práctica de la confesión cuando el sexo necesariamente debe

ser enunciado como deseo. Y al ocurrir esto sucede que ya no puede sino hablarse de sexo, por todos lados se expresa el discurso del sexo y sobre el sexo. Concretamente, “se plantea un imperativo: no solo confesar los actos contrarios a la ley, sino intentar convertir el deseo, todo el deseo, en discurso” (Foucault, 2005: 29).

Quizás ahora pueden evidenciarse de manera más clara los motivos de que yo trajera aquí la fórmula: *Yo no tengo sexo*. Pues el sexo se nombra siempre bajo una condicionalidad, lo que es similar a la relación con la negación: debe ser negado para ser dicho. Yo confieso el deseo, y con ello pongo en discurso el sexo; la operación es claramente hermenéutica y nos dice: no hay nada más allá del sexo— discurso, lo que equivale a decir nada más allá del signo, pero sin embargo se enmascarará permanentemente lo decible del sexo haciéndolo funcionar como aparato enunciativo, vale decir, como confesión. La fórmula del secreto se mantiene a costa de confesarla todo el tiempo. Dice Foucault:

Lo propio de las sociedades modernas no es que hayan obligado al sexo a permanecer en la sombra, sino que ellas se hayan destinado a hablar del sexo siempre, haciéndolo valer, poniéndolo de relieve como *el secreto* (Foucault, 2005: 47).

Entonces, si la lógica del sexo—discurso es retener el secreto como una confesión permanente, se establece “una organización pública del sexo” que hace aparecer como verdad ese discurso, y en eso consiste la racionalidad del dispositivo. Afirmar *Yo no tengo sexo* es revelar el carácter del enunciado y sus formas de validación. La negación no indica la anulación del discurso público sobre el sexo, sino su regimentación en la opacidad: si el discurso sobre el sexo aparece como verdad es porque, como es condición de todo discurso, atrapa en lo dicho lo no dicho. De este modo, no se trata de un retorno a la “hipótesis represiva”, sino de hacerla estallar completamente en el contexto de las sociedades posmodernas; pues en éstas el sexo se vuelve parte de una organización social—racional debido, justamente, a que inclusive su negación otorga validez al dispositivo.

Con estos presupuestos desarrollados hasta aquí, ahora es posible dar cuenta de la lógica de organización del dispositivo en eso que llamamos capitalismo posmoderno, y con mayor precisión, es necesario pensar el funcionamiento del dispositivo de la sexualidad en el contexto de aquello que se denomina en la teoría social actual “sociedades de consumo”.

La voluntad de donar

Retomemos en este complejo esa fórmula lacaniana que es, en parte, guía de nuestro actual proyecto. Decimos “no hay relación sexual” y sabemos que Lacan con ello esgrime que no hay manera de escribirla, y no hay forma de escribirla por su vinculación con el Significante, aquí el falo. Y si tal proposición es presentada como verdad, ello se debe a, como dice el propio Lacan, “que el sexo no define ninguna relación en el ser hablante” (Lacán, 2012: 13). Entonces, si proseguimos adecuadamente el

planteo que propongo encontraremos que Michel Foucault nos está, en cierto modo, indicando que el dispositivo de la sexualidad hace aparecer un discurso sobre el sexo que es presentado como verdad, pero en tanto esa verdad es Significante, puede ser pensada desde la fórmula lacaniana que citáramos anteriormente y, con precisión, a partir de la fórmula por mí enunciada y que desprendo como hipótesis que dice: *yo no tengo sexo*.

Porque en las “sociedades de consumo” aparece una figura Significante primordial que es la Ley del *Don*. Pero el efecto de donación es lo que hace posible la organización social–racional como discurso, entonces el don no puede dejar de darse, debe estar en una circulación permanente. Si el don se detiene no hay sociedad. La donación se establece así como una Voluntad de Verdad que hace posible todo un sistema de vínculos y confianzas entre individuos en el contexto de una experiencia social y cultural determinada por la fluidez y flexibilidad. Siendo entonces el Significante Don el que hace posible lo social en la posmodernidad, son las relaciones la expresión central del régimen de discursividad, y siendo estas relaciones propias de un acto permanente de *dar* se obtiene que así como desde el dispositivo de la sexualidad puede apropiarse la fórmula lacaniana y proceder a transfigurarla en aquella otra de *yo no tengo sexo*, del mismo modo, en el marco de las sociedades de consumo, el dispositivo hace aparecer en el “orden del discurso” una nueva fórmula que nos viene a decir que: *no hay consumo*.

Dar la relación

El punto de partida para el análisis que propongo es claro y ha sido llevado adelante por otros autores de la teoría social contemporánea: la centralidad pasa por la génesis de la noción de relación y refiere a que todo objeto de consumo en el propio instante de ser apropiado y situado sobre la figura de “propiedad privada” es vuelto obsoleto. En ese sentido, asistimos a los tiempos del cambio perpetuo, de la obsolescencia programada. Todo está a disposición para ser consumido, pero siempre a costa de que ese consumo se agote sobre sí mismo y no le queden mayores alternativas que las de renovarse. La renovación constante aparece como condición, y por ello la acción de dar es la que no puede cesar en el proceso de circulación. El intercambio se vuelve serie infinita, nada puede detenerse y, entonces, es, como argumentamos, la propia relación la que, ciertamente, se da, se manifiesta, se desenvuelve y desarrolla. *Dar la relación* es justamente producir la experiencia posmoderna misma. Nada está dispuesto como lo dado o como algo dado, todo se presenta en el infinitivo del dar. Esto equivale a decir que la relación no puede dejar de darse y que esa es la condición posmoderna que nos circunda.

Evidentemente, el efecto es el mismo que vengo sosteniendo desde el comienzo. Siendo la formación social de las sociedades de consumo un proceso de relaciones imposibles de interrumpirse y sin límite, el consumo, ciertamente, sólo es posible de definir como síntoma sin aparición. Nuevamente se expone eso que mostrábamos antes para pensar el sexo–discurso también en el marco propio de esta posmodernidad. *Yo no tengo sexo* y *no hay consumo* son fórmulas que funcionan idénticamente, pues

se trata de observar que no es de ninguna manera posible mirar la lógica del consumo por fuera de sus prácticas y, con esto, de sus relaciones. De esta forma, el consumo también aparece como proceder hermenéutico, debido a que no hay nada más allá del consumo, como tampoco lo hay por fuera del signo, como tampoco más allá del sexo–discurso, todo ello se vuelve pura tarea interpretativa. En el caso particular de la dimensión del consumo en el capitalismo posmoderno, tal hermenéutica se expresa efectivamente en su carácter de relación. Como dijimos antes, no es el objeto obtenido en el proceso de intercambio lo que es consumido, sino la relación misma que solo puede proceder reproduciendo de manera permanente su condición relacional, es decir, darse continuamente y sin detenerse.

Se conforma aquí también una organización lógica en torno a lo que Foucault definió en la figura de “dispositivo”. Contrariamente a lo que en ocasiones suele advertirse, la posmodernidad no ha cedido en racionalidad respecto a lo que fue la sociedad moderna, sino que ha vuelto más profunda e insistente esa racionalidad. Hay una *ratio* posmoderna que se sitúa en esta dimensión del consumo como relación inacabada. Si pensamos el dispositivo de acuerdo con el contexto posmoderno, encontramos que aquello que en Foucault aparece como PODER–PLACER y que hace posible la emergencia de una VERDAD, se cristaliza en las sociedades de consumo, bajo la insistencia de la donación. Así, toda una voluntad de donar prefigura la constitución socio–racional del capitalismo posmoderno.

En las sociedades de consumo, aquello que Foucault establecía como una “organización pública del sexo” es expresado en tanto organización pública del consumo: todo debe ser consumido y debe hacerse público, evidenciarse, porque en eso consiste el carácter de relación. El sujeto consume para definirse y ofrecerse, darse como objeto de consumo en el circuito de relaciones. Me otorgo al otro con las impresiones de todo aquello que he consumido y consagro la relación, por ello no hay consumo, sino siempre una hermenéutica de mi relación con el otro. Zygmunt Bauman llama a esto “fetichismo de la subjetividad” (Bauman, 2008), observando en ello una fluidez que organiza los vínculos mediante la transacción. Es la “confianza” la cualidad moral del mundo líquido, según este autor (Bauman, 2010). La “confianza” es la percepción que el otro realiza de mi imagen como sujeto de consumo, es decir, es una forma de percepción del dar.

En este aspecto, puede notarse que lo propio y contundente de las “sociedades de consumo” es también la “confesión”. Anteriormente vislumbramos que en la sociedad moderna el sexo, en tanto discurso, se torna público a costa de producir su negación, pero justamente en esa hermenéutica se consigna su propia apertura discursiva: el sexo debe ser permanentemente confesado, obligado a su modelación racional en acuerdo con las formas institucionales de la sociedad en que se inscribe. De la misma manera ocurre con el consumo en el capitalismo posmoderno: sólo es posible como negación, debe ser arrojado permanentemente al flujo del dar, pero en ese correr de relaciones siempre debe ser confesado, puesto en evidencia. Es decir, sin la confesión del consumo, sin la expresión de su visibilidad no hay discurso, esto es, no hay

aceptación con el otro, no hay narrativa o relato posible de lo social. El dispositivo de consumo define el carácter social de la posmodernidad y lo realiza a través de la confesión permanente. Por esto, sostengo que las sociedades capitalistas posmodernas son incluso más racionales que esa sociedad moderna y disciplinaria sobre la que pensaba Michel Foucault. Es notorio que el capitalismo actual se monta sobre una organización lógico-productiva que activa movimientos de fluidez sin permitir espacios de irracionalidad que no sean más que simulados. Todo lo que muestra una apariencia de irracionalidad es puesto en el orden discursivo del consumo y se lo hace parte de todo el flujo de relaciones; de esa forma ya nada escapa. Una racionalidad tal se dispone como una concepción “imaginal”² y se organiza como una estética.

Conclusiones: una racionalidad estética

Siendo el consumo y, más precisamente, la forma-relación derivada del acto de consumir, es decir, el dar como algo permanente, la operación de discurso que organiza el dispositivo del capitalismo posmoderno, se muestra necesario realizar una breve reflexión sobre la particularidad estética que se desprende de todo ello. Es el consumo, según lo fuimos definiendo, una especie de ilusión o fetiche de lo Real, lo que equivale a decir que organiza el proceder hermenéutico de las sociedades actuales; entonces se evidencia como un dispositivo estético y, principalmente, porque consagra una forma socio-racional de vida que solo puede inscribirse en una estética. Si toda relación se expresa en la continuidad ininterrumpida del acto de donar, inevitablemente se expresa también en ello una estética. Algunos autores (*cf.* Featherstone, 2002; Lash, 1997) han denominado esto “estetización de lo social”, es decir, una nueva experiencia cultural en la cual los factores estéticos condicionan los vínculos entre personas y entre éstas y cosas. Adscribiendo a esas formulaciones, es necesario argüir además que de lo que efectivamente se trata es de las composiciones de múltiples racionalidades. La estética se sitúa así en el eje mismo del dispositivo posmoderno y se convierte en la operación de interpretación por excelencia. Todo es posible, todo fluye, todo es dar, todo es relación porque ya no hay una centralidad o unidad de la Razón que organice el discurso. El Yo que definía a la modernidad se derrumba por su propia improcedencia ontológica, y la posmodernidad promueve la estetización inacabada de las relaciones: esto muestra que no hay un yo, sino relaciones que no pueden dejar de producir sus efectos múltiples. Otras racionalidades, múltiples racionalidades: el capitalismo posmoderno proyecta las imágenes y las ilusiones del consumo y las transfigura en verdades mediante la permanencia del *don*.

Ahora sí la proposición retoma claridad: *Yo no tengo sexo* en verdad quiere decir que doy siempre mi sexo a la relación, que lo transfiguro como otro, que no lo consumo —en ese doble sentido de consumirlo y consumarlo— porque está siempre dándose.

² La categoría de “imaginal” refiere a la coalescencia de las imágenes y lo social y, más concretamente, busca mostrar la manera en que las sociedades posmodernas organizan sus vínculos a partir de imágenes y de la composición de las mismas. Para mayor detenimiento en esto ver: Dipaola, 2011.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2008). *Vida de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2010). *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*. Buenos Aires: Paidós.
- Dipaola, E. (2011). La producción imaginal de lo social: imágenes y estetización en las sociedades contemporáneas. *Cuadernos Zygmunt Bauman. Revista Filosofía Capital*, 1(1). Río de Janeiro, 68–84.
- Featherstone, M. (2002). *Cultura de consumo y posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Foucault, M. (2005). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2012). *Seminario 19: O peor...*. Buenos Aires: Paidós.
- Lash, S. (1997). *Sociología del posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Fecha de recepción: Diciembre de 2012

Fecha de aprobación: Enero de 2013